

El manual de la WITSEC, la agencia de los U.S. Marshals que supervisa el Programa de Protección de Testigos, describe tres niveles de implicación de la misma.

Código Rojo: cuando un sujeto está en prisión preventiva, cumpliendo condena o se está celebrando su juicio.

Código Verde: cuando a dicho sujeto y su familia se les ha asignado otra identidad y lugar de residencia, y viven en condiciones de seguridad con dicha identidad, que tan sólo conoce su agente del WITSEC.

Y Código Azul: el estado más temido, cuando se sospecha que la nueva identidad de un sujeto se ha traspasado o destapado. Cuando desaparece, pierde el contacto con el agente de su caso, o escapa a la seguridad del programa. Cuando no se sabe oficialmente si esa persona está viva o muerta.

Prólogo

Al doctor Emil Varga le bastaron unos minutos para llegar al dormitorio del anciano. Dormía profundamente, soñando con una chica de sus tiempos de universitario, de eso hacía ya una eternidad, pero al oír los desesperados golpes del criado en la puerta enseguida se echó la chaqueta de lana sobre la camisa de dormir y agarró el maletín.

—Por favor, doctor —dijo, corriendo escaleras arriba por delante de él—, ¡venga enseguida!

Varga ya se sabía el camino. Llevaba semanas instalado en la hacienda. De hecho, aquel hombre testarudo e inflexible que por tanto tiempo había burlado la muerte era por aquellos días su único paciente. Algunas noches, con un coñac en la mano, Varga cavilaba sobre cómo su fiel servicio lo había llevado a abandonar a marchas forzadas una larga y distinguida carrera.

¿Se había acabado por fin...?

El médico se detuvo ante la puerta del dormitorio. La habitación, a oscuras, apestaba; las ventanas, en forma de arco y con los postigos cerrados, postergaban la llegada del amanecer. Le bastó con el olor y con ver el pecho del anciano, en silencio por primera vez en semanas. Tenía la boca abierta, la cabeza ligeramente inclinada sobre la almohada, un hilo de baba amarilla coagulada en los labios.

Varga se acercó lentamente a la gran cama de madera de caoba y dejó el maletín sobre la mesa. Ya no necesitaba ningún instrumento. En vida, su paciente estaba hecho un toro. Varga pensó en toda la violencia que aquel hombre había provocado. Pero ahora, esos pronunciados pómulos indios estaban consumidos y pálidos. Al médico le pareció que algo no encajaba: ¿cómo alguien que había causado tanto miedo y sufrimiento

durante toda su vida podía tener ahora un aspecto tan frágil y marchito?

Varga oyó voces que venían del pasillo, perturbando la calma del amanecer. Bobi, el hijo menor del anciano, entró corriendo en el dormitorio aún en pijama. Se detuvo inmediatamente clavando la mirada en la forma inerte con los ojos muy abiertos.

—¿Está muerto?

El médico asintió.

—Por fin ha dejado de aferrarse a la vida después de ochenta años de tenerla bien cogida por los huevos.

La mujer de Bobi, Margarita, con el tercer nieto del anciano en brazos, rompió a llorar en la entrada del dormitorio. El hijo se acercó a la cama con sigilo y cautela, como si avanzara hacia un puma dormido que en cualquier momento pudiera lanzarse al ataque. Se arrodilló y rozó levemente con la mano el rostro y los pómulos tensos y apagados del anciano. Luego, tomó la mano de su padre, aún áspera y ajada como la de un jornalero, y le besó dulcemente los nudillos.

—Se acabaron todas las apuestas, papá —susurró mirando a los ojos sin vida de su padre.

Entonces Bobi se levantó y asintió con la cabeza.

—Gracias, doctor, por todo lo que ha hecho. Me aseguraré de que llegue a oídos de mis hermanos.

Varga trató de leer lo que había en los ojos del hijo. Dolor. Incredulidad. Tras la larga enfermedad de su padre, por fin había llegado el día.

No. Era más bien una pregunta lo que mostraban aquellos ojos. El anciano llevaba años manteniéndolo todo en pie, con la fuerza de su voluntad.

¿Pero qué pasaría ahora?

Bobi tomó a su esposa del brazo y abandonó la habitación. Varga se acercó a la ventana y abrió los postigos dejando entrar la luz de la mañana. El alba se había adueñado del valle.

Era propiedad del anciano, kilómetros y kilómetros, mucho

más allá de las verjas: los pastos; la brillante cordillera, de tres mil metros de altura. Junto a los establos había aparcados dos todoterrenos. Un par de guardaespaldas armados con pistolas automáticas sorbían café apoyados en una valla, ajenos a lo que ocurría.

—Sí —murmuró Varga—, házselo saber a tus hermanos. —Se volvió hacia el anciano—: Ya ves, hijo de puta, hasta muerto eres peligroso.

Se había abierto la compuerta y las aguas iban a desbordarse con furia. La sangre nunca se limpia con sangre.

Salvo aquí.

Sobre la cabecera de la cama había un cuadro de la Virgen y el Niño con un marco tallado a mano, Varga sabía que era regalo de una iglesia de Buenaventura, donde había nacido el anciano. El médico no era religioso pero se santiguó igualmente al tiempo que levantaba la sábana húmeda y con ella tapaba delicadamente el rostro del difunto.

—Espero que por fin encuentres paz, viejo, estés donde estés... porque lo que es aquí, se va a desatar un verdadero infierno.

No sé si es un sueño o es verdad.

Bajo del autobús de la Segunda Avenida. Estoy sólo a dos manzanas de donde vivo. Enseguida me doy cuenta de que pasa algo.

Tal vez sea el tipo que veo apartarse de la fachada de la tienda, tirando el cigarrillo a la acera, para seguirme a poca distancia. Tal vez sea el taconeo incesante de sus pasos en la acera detrás de mí, al cruzar hacia la Calle Doce.

En condiciones normales no me volvería. No le daría más vueltas. Estamos en el East Village. Está abarrotado. Hay gente por todas partes. No es más que un sonido de la ciudad. Pasa a todas horas.

Sin embargo, esta vez me vuelvo. No puedo evitarlo. Lo justo para alcanzar a ver al hispano con las manos en los bolsillos de la chaqueta negra de cuero.

«Por Dios, Kate, estás paranoica, hija.»

Sólo que esta vez no estoy paranoica. Esta vez el tipo no deja de seguirme.

Tuerzo en la Doce. Aquí está más oscuro, hay menos tráfico. Unas cuantas personas charlan de pie. Una pareja joven se mete mano entre las sombras. El tipo sigue pegado a mí. Aún oigo sus pasos muy cerca, a mi espalda.

«Aprieta el paso —me ordeno a mí misma—. Vives sólo a unas pocas manzanas.»

Me digo que no puede estar pasando. «Si vas a despertarte, Kate, ¡ahora es el momento!» Pero no me despierto. Esta vez es de verdad. Esta vez sé un secreto lo bastante importante como para que me maten.

Cruzo la calle, apurando el paso. El corazón se me empieza a acelerar. Ahora sus pasos son como cuchillos que me atraviesan. Alcanzo a verlo en el reflejo de un escaparate. Bigote oscuro, y cabello corto y crespo.

Ahora siento los latidos de mi corazón desbocado golpeándome las costillas.

Paso delante de un mercado donde a veces compro. Entro a toda prisa. Hay gente dentro. Por un instante me siento segura. Cojo una cesta y me escondo entre los pasillos, meto en ella cosas que finjo necesitar. Pero lo único que hago es esperar, rezando para que pase de largo.

Pago. Sonríe algo nerviosa a Ingrid, la cajera, que me conoce. Tengo un presentimiento estremecedor: ¿y si ella fuera la última persona en verme con vida?

Cuando vuelvo a salir, me siento aliviada por un momento: el tipo se habrá ido; no hay ni rastro de él. Pero entonces me quedo de piedra. Sigue ahí, apoyado con gesto indolente en un coche aparcado al otro lado de la calle, hablando por teléfono. Lentamente, sus ojos se posan en los míos.

«Mierda, Kate, ¿qué coño vas a hacer ahora?»

Correr. Primero sin que se note, luego más deprisa. Oigo sobre la

acera el ritmo frenético de unos pasos que se aceleran... pero esta vez son los míos.

Revuelvo el bolso en busca del móvil. Tal vez debería llamar a Greg. Quiero decirle que le quiero. Pero sé la hora que es: está a mitad de turno. Sólo me saldría el contestador. Está visitando.

«Tal vez tendría que llamar al 911 o detenerme y gritar. Kate, haz algo... ¡ahora!»

Mi edificio queda sólo a media manzana. Ya lo veo con su toldo verde. El 445 de la calle East Seventh. Hurgo en busca de las llaves. Me tiemblan las manos. Por favor, sólo unos metros más...

En los últimos pasos emprendo la carrera. Meto la llave en la cerradura del portal, rogando que gire... ¡y gira! Me lanzo a abrir las pesadas puertas de cristal. Echo un último vistazo a mi espalda. El hombre que me seguía se ha detenido unos portales más atrás. Oigo la puerta del edificio cerrarse a mi espalda, con la cerradura —por suerte—, encajando.

Ya estoy a salvo. Siento que el corazón casi se me encoge de alivio. «Ya está, Kate. Gracias a Dios.»

Por primera vez me noto el jersey adherido al cuerpo, empapado de un sudor pegajoso. Esto tiene que acabarse. «Tienes que decírselo a alguien, Kate.» Es tanto el alivio que hasta me echo a llorar.

«Pero decírselo ¿a quién?» ¿A la policía? Me han mentido desde el principio. ¿A mi mejor amiga? Está entre la vida y la muerte en el hospital Bellevue. Y eso sí que no lo he soñado. ¿A mi familia?

«Tu familia se ha ido, Kate. Para siempre.»

Ahora ya no había tiempo para nada de eso.

Cojo el ascensor y pulso el botón de mi planta. El siete. Es de esos ascensores pesados de tipo industrial, que traquetea como un tren al pasar por cada planta. Sólo quiero llegar a mi piso y cerrar la puerta a cal y canto.

En el séptimo, el ascensor se detiene con un chirrido. Ya está. Estoy a salvo. Abro la rejilla de metal de un golpe, agarro las llaves, doy un empujón a la pesada puerta exterior.

Dos hombres me impiden el paso.

*Intento gritar, ¿pero para qué? Nadie me oirá. Retrocedo. Se me
hiela la sangre. Sólo soy capaz de mirarlos a los ojos en silencio.*

Sé que están aquí para matarme.

*Lo que no sé es si vienen de parte de mi padre, los colombianos o
el FBI.*

PRIMERA PARTE



1

El oro había subido un dos por ciento la mañana en que la vida de Benjamin Raab empezó a venirse abajo.

Estaba reclinado en el escritorio, contemplando la calle Cuarenta y siete, disfrutando de la gran comodidad de su despacho, que se elevaba muy por encima de la Avenida de las Américas, con la cabeza ladeada y el teléfono sujeto entre la oreja y cuello.

—Sigo esperando, Raj...

Raab tenía en sus manos un contrato de compra al contado de dos mil libras de oro. Más de un millón de dólares. Los indios eran sus mayores clientes, uno de los principales exportadores de joyas del mundo. «Un dos por ciento.» Raab comprobó la pantalla Quotron. Eso eran treinta mil dólares. «Antes de comer.»

—Vamos, Raj —lo presionó Raab—. Que mi hija se casa esta tarde y si puedo, me gustaría llegar...

—¿Que Katie se casa? —El indio parecía dolido—. Ben, en ningún momento me has dicho...

—Sólo es un modo de hablar, Raj. Si Katie se casara, allí estarías tú. Pero, Raj, vamos... que estamos hablando de oro, no de *pastrami*. Que no se pudre.

A eso se dedicaba Raab. Comerciaaba con oro. Hacía dos décadas que tenía su propia empresa de comercio internacional, cerca del distrito de los diamantes de Nueva York. Había empezado unos años antes, comprando las mercancías almacenadas de las joyerías familiares que cerraban. Ahora suministraba oro a la mitad de los comerciantes de la calle. Y también a varios de los mayores exportadores de joyas del globo.

En el sector todo el mundo lo conocía. Casi no le había dado tiempo a sentarse en un reservado y llevarse a la boca su sándwich

de pavo del Gotham Deli de la esquina cuando ya tenía a algún fornido judío ultraortodoxo avasallándolo para hablarle de no se sabe qué deslumbrante piedra nueva que vendía (aunque siempre le recriminarán que él, siendo sefardí, ni siquiera era uno de los suyos). O cuando no era eso, era uno de los mensajeros puertorriqueños que entregaban los contratos dándole las gracias por las flores que había enviado a su boda. O los chinos, tratando de garantizarse unos dólares de algún juego de divisas. O los australianos, tentándolo con bloques sin cortar de piedras de calidad industrial.

«He tenido suerte», decía siempre Raab. Tenía una esposa que lo adoraba, tres hijos encantadores de los que se sentía orgulloso, su casa en Larchmont —mucho más que una casa— con vistas al estrecho de Long Island, y el Ferrari 585 con el que una vez había corrido en Lime Rock aparcado en un lugar privilegiado del garaje de cinco plazas. Por no hablar del palco en el estadio de los Yankees y las entradas para ver a los Knicks: abajo, en el Garden, justo detrás del banquillo.

Betsy, su ayudante desde hacía más de veinte años, entró llevando una bandeja con una ensalada del chef y una servilleta de tela, la mejor protección frente a la propensión de Raab a mancharse de aceite las corbatas de Hermès. Betsy puso los ojos en blanco.

—¿Raji, todavía...?

Benjamin se encogió de hombros al tiempo que atraía la mirada de ella hasta su bloc donde ya tenía apuntado el resultado: 648,50 dólares. Sabía que este comprador lo aceptaría. Raj siempre lo hacía; ya llevaban años representando este vodevil. «¿Pero es que siempre tenía que alargar tanto la comedia?»

—De acuerdo, amigo mío —suspiró finalmente el comprador indio rindiéndose—. Trato hecho.

—Uf, Raj —resopló Raab fingiendo alivio—. Ya están fuera los del *Financial Times*, esperando la exclusiva.

El indio también se echó a reír y cerraron el trato: 648,50 dólares tal como había escrito.

Betsy sonrió.

—Siempre dice lo mismo, ¿no? —comentó mientras cambiaba el contrato manuscrito por dos folletos de viajes de papel satinado que dejó junto a la bandeja.

Raab se metió la servilleta por el cuello de su camisa a rayas de Thomas Pink.

—Quince años.

Bastaba con entrar en el abarrotado despacho de Raab: era imposible no reparar en las paredes y aparadores repletos de fotos de Sharon, su mujer, y sus hijos —Kate, la mayor, licenciada por la Universidad de Brown; Emily, de dieciséis años, que jugaba en la liga nacional de *squash*; y Justin, dos años menor— y todos los fabulosos viajes que habían hecho en familia a lo largo de los años.

En el chalet de la Toscana. De safari en Kenia. Esquiando en Courchevel, en los Alpes franceses. Ben vestido de piloto con Richard Petty en la escuela de conducción de Porsche.

Y eso es lo que hacía durante el almuerzo, planear su próximo gran viaje, el mejor de todos. Machu Picchu. Los Andes. Y luego una fantástica ruta a pie por la Patagonia. Pronto cumplirían veinticinco años de casados. La Patagonia siempre había sido uno de los sueños de Sharon.

—En mi próxima vida —sonrió Betsy, al tiempo que cerraba la puerta del despacho—, me aseguraré de volver como uno de tus hijos.

—En mi próxima vida —respondió Raab—, yo también.

De repente se oyó un gran estrépito fuera, en la oficina. Al principio Raab creyó que se trataba de una explosión o ladrones. Pensó en hacer sonar la alarma. Se oían voces fuertes y desconocidas repartiendo órdenes a gritos.

Betsy volvió a entrar corriendo, con el pánico reflejado en el semblante. A un paso de ella, se abrieron camino dos hombres vestidos con traje y cazadora azul marino.

—¿Benjamin Raab?

—Sí... —Se levantó y miró de frente al hombre alto y medio cal-

vo que se había dirigido a él y era el que parecía estar al mando—. No pueden entrar aquí a empujones, así sin más. ¿Qué diablos pasa...?

—Pasa, señor Raab —le contestó arrojando sobre la mesa un documento doblado—, que tenemos una orden de detención de un juez federal contra usted.

—¿Detención...? —De repente había gente con chaquetas del FBI por todas partes. Habían reunido a los empleados y les estaban ordenando desalojar la oficina—. ¿Y de qué demonios se me acusa?

—Blanqueo de dinero, cooperación e instigación a actividades delictivas, conspiración para estafar al Gobierno de Estados Unidos —leyó en voz alta el agente—. ¿Qué me dice, señor Raab? Confiscaremos el contenido de esta oficina como prueba material para el caso.

—¿Cómo?

Antes de que alcanzara a pronunciar otra palabra, el segundo agente, un joven hispano, lo obligó a volverse pegándole los brazos bruscamente a la espalda y lo esposó delante de toda la oficina.

—¡Esto es un disparate! —exclamó Raab retorciéndose y tratando de mirar al policía a la cara.

—Ya lo creo —rió el agente hispano. Le arrebató de las manos los folletos de viajes—. Lástima —dijo guiñando un ojo y volviéndolos a tirar sobre el escritorio—. Tenía muy buena pinta ese viaje.